

TE AMARÍA PERO YA ESTOY MUERTA

RELATOS DE AMORES URBANOS

— Varios Autores —



VARIOS AUTORES

*TE AMARÍA PERO YA ESTOY
MUERTA
Relatos de amores urbanos*



Bogotá, abril de 2014

Primera edición

Título: *Te amaría pero ya estoy muerta*

Relatos de amores urbanos

© Angélica Santana / Autor

© Ilse Peña / Autor

© Lina Giraldo / Autor

© Húver Camacho / Autor

© Alvaro Vanegas/ Autor

Bogotá - 2014

© E-ditorial 531 / Editor

Bogotá D.C. - Colombia - 2014

Calle 163b N° 50 - 32

Celular: 317 383 1173

E-mail: info@editorial531.com

Web: www.editorial531.com

ISBN: 978-958-58382-8-4

Corrección de estilo

Silvia González Pérez

www.scriptus.es

Braco Publicidad

www.braco.com.co

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o retransmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, impreso, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*TE AMARÍA PERO YA ESTOY
MUERTA*
Relatos de amores urbanos

ÍNDICE

<i>LA CAJA, EL PUNTO Y EL AGUA</i>	9
<i>Lina Giraldo</i>	
<i>ALQUIMIA DEL CAMPANERO</i>	17
<i>Huver Camacho</i>	
<i>REENCUENTRO</i>	25
<i>Angélica Santana</i>	
<i>COMIENZO</i>	35
<i>Ilse Peña</i>	

*Santiago, me devolviste a mi centro. Soñador con los
pies en la tierra, sí, el cielo no es el límite. Para mis
papás y Luz Andrea, cuanta generosidad.*

Ilse

A Paulina y su inagotable historia de amor.

Lina

*A mi madre Leonor, quien siempre me ha dado alas
para volar y alcanzar mis sueños.*

Angélica

*Estos cuentos son para Erica, que eligió caminar junto
a un escritor desconocido, convirtiendo los sueños ajenos
en propios. Mis letras son tuyas.*

Alvaro

LA CAJA, EL PUNTO Y EL AGUA

Lina Giraldo

El furgón de la empresa de encomiendas la tomó por sorpresa. Un mensajero acababa de dejar en la puerta de su casa, una caja de cartón sellada con cinta transparente y marcada con su dirección, nombre y apellidos.

Su mamá desocuparía el cuarto de San Alejo, allá en la casona donde vive hace más de cuarenta años, en un pueblo cercano a la capital, junto a su amado Rogelio, pero no esperaba que actuara tan pronto.

—En estos días te envió la caja, hija. Con esto del tras-teo para el apartamento, nos toca salir de mucha cosa. También voy a devolverle a tu hermano la enciclopedia *Salvat*, la colección de libros de *bricolaje*, la *monareta* y los patines. Esto está hecho un caos por acá.

La llegada de la caja significó mucho para Paula. Había olvidado el contenido. Lo que recordaba con claridad, era la conversación que sostuvo con su mamá la tarde que la empacaron, dos días antes de su boda. La arrumaron en un rincón al lado de más cajas y chécheres viejos, una mesa de noche sin manijas en los cajones, un triciclo oxidado, una

radiola descompuesta, varios floreros de cristal envueltos en periódico y dos canastas de mimbre con flores de plástico desteñidas.

—Yo te la mando y allá miras qué te sirve y qué botas a la basura. No me atreví a abrirla sin ti. Sé lo que significan muchas de las cosas que guardaste ahí.

Paula, con trece años de matrimonio encima, llevaba más de cinco tratando de recordar en qué momento se le había olvidado sonreír, y la caja le estaba devolviendo la memoria. Al abrirla, estaba segura, cruzaría un umbral del que sería difícil regresar. Allí habían quedado guardados muchos de los objetos que hicieron parte de su mundo hasta los treinta, cuando se casó con quien era ahora el padre de sus tres hijos.

La caja sin abrir fue a parar a un rincón del guardarropas donde no estorbara, ni llamara la atención de Humberto. «Todavía no estoy lista para abrirla».

Volvieron con más fuerza los recuerdos de la emotiva tarde en que se sentó con su mamá a empacar los tesoros que quería conservar de su vida de soltera y que no tendrían cabida en su nueva casa: el cuaderno de acrósticos que construyó con paciencia en el colegio, un álbum de fotos de su inolvidable viaje al Cabo de la Vela con su amiga del alma, Marcela. Cartas de viejos amores, un móvil de cristales de colores, libros que había leído una y otra vez, incluido *El amante* de Marguerite Duras y *Pájaros de fuego* de Anaïs Nin, casetes de Cat Stevens, Air Supply, María Creuza y Nacha Guevara; una pequeña escultura tallada en madera del Quijote, que adoraba, pero que Humberto había descalificado con una simple frase. «Ese adefesio, ni se te ocurra llevarlo a nuestra casa.»

Esa tarde entre alegre y nostálgica, Paula y su mamá se dijeron lo mucho que se amaban y lo felices que habían vi-

vido juntas, pero ya era hora de que hiciera su vida, (como si no la hubiese hecho hasta ese momento), y tuviera su propia familia.

—Es un buen hombre hija, tienes que atenderlo como se merece, recuerda que detrás de todo gran hombre hay una gran mujer. Mira a tu papá, aunque él no lo reconozca, llegó a donde llegó, gracias a mi entrega y sacrificio.

La noche después de sellar la caja y de la conversación con su mamá, Paula no durmió bien. “Tienes que atenderlo”, “mi entrega y sacrificio”. «Dios, esto no me está gustando».

Sin embargo, la suerte estaba echada y la ilusión de unos hijos, una casa, y un nido de amor, prevalecieron ante el asomo de duda que se sembraba en su corazón. Estaba tan enamorada y segura de haber encontrado el hombre perfecto para compartir su vida, que no quería permitir ruido en su cabeza. «Lo atenderé, me entregaré y si me toca, me sacrificaré por él».

Paula y Humberto se conocieron en un *buffete*, los dos eran abogados. Su relación de noviazgo duró un año y transcurrió de manera tranquila, entre salidas a cine, a comer, a visitar amigos y bailar. No compartían muchos gustos, pero eso a Paula no le importaba. «Es un gran hombre, con eso me basta».

Cuando Humberto pidió la mano de Paula, les dijo lo mucho que la quería y la admiraba, que de todas las mujeres con las que había estado en su vida, ella era la indicada para ser la madre de sus hijos y para construir un hogar. Con estas buenas intenciones, Humberto obtuvo el permiso para llevarse “el orgullo” de la familia.

—Eres el hombre indicado, el que pedimos en nuestras oraciones para ella. Te llevas nuestra princesa —le dijo Rogelio, con la voz entrecortada.

Paula nunca dio problemas. Buena estudiante, introvertida y gran lectora. Soñó siempre con una casa llena de niños y un esposo para atender. Así creció, viendo a su mamá, tan feliz, cuidando de todo, segura de que era lo mejor que una mujer podía hacer.

Estudió derecho porque odiaba las injusticias, era revolucionaria de causas pequeñas y sentía que dedicándose a esta profesión, ayudaría a cambiar el mundo. Hábil en su trabajo y con una capacidad de compromiso envidiable, en la compañía la adoraban y le confiaban los casos jurídicos más complejos, con la certeza de que los sacaría adelante.

A los treinta años estaba convencida de que podría combinar el trabajo y el hogar. «El matrimonio no cambiará mi vida».

La feliz boda se realizó y el nuevo hogar comenzó a formarse. A la nueva casa que empezó sin talla de madera, sin los libros amados y sin el móvil de cristales, llegó la primera hija, luego la segunda y luego el tercero. Uno tras otro.

«Es lo que siempre soñé, Marce. Sólo que no pensé que fuera tan difícil. Por eso dejé el trabajo. Los niños me necesitaban y Humberto también. Me gusta recibirlo cuando llega cansado del trabajo y de mal humor. Le traigo un café caliente y empezamos a hablar, me cuenta todos los problemas de la oficina y yo le cuento todas las diabluras que los niños hacen, amiga. Es una bonita relación. Después de siete años, me doy por bien servida.»

Las llamadas de Marcela, poco a poco, se convirtieron en uno de los momentos más esperados por Paula. Desde que su amiga se fuera a vivir a Barcelona a montar su

consultorio de psicóloga transpersonal, se comunicaban sin falta una vez por semana. «Con nadie más hablo de esto, hermana.» Marce era la amiga incondicional que puede reconocer hasta el más mínimo pensamiento de Paula por los gestos que hace. Compañeras desde *kínder*, de mente abierta y un poco bruja. Sin ser profesional en la materia, habla de la carta astral con maestría y es capaz de interpretar el tránsito de los planetas y el efecto que estos traen a la vida emocional de su amiga. «Te extraño, Marce, te extraño.»

Paula se fue convirtiendo sin darse cuenta en una mujer cansada y opaca. Amaba con piel y huesos a sus hijos y a su esposo, y se volcó sin restricciones a vivir para ellos y por ellos. Hijos, esposo. Esposo, hijos. El tiempo no le alcanzaba para todo lo que “tenía” que hacer. «Van a ser las siete y Humberto va a llegar. Los niños no se duermen y yo no me he mirado en un espejo». Las siete de la noche, hora de rendición de cuentas, «¿Qué hiciste hoy, querida?» Y con la pregunta, llegan también los reclamos. «No entiendo qué es lo que haces todo el día Paula, mírate cómo estás, hecha un desastre. Esta no es la forma de recibir a tu esposo.» La dulce Paula sonríe en defensa propia. Luego, el turno de preguntar es para ella «¿A ti como te fue, mi amor?» Y así comienza Humberto una lista interminable de problemas que ha sorteado en el día. El tráfico, la señora de los tintos en la oficina y los gastos que cada día crecen más. «Tú no me consideras Paula, los niños generan muchos gastos. Incluyendo las famosas clases de natación que te encontraste. No entiendo por qué insistes en llevarlos a esa academia tan exclusiva y costosa, tres veces por semana.»

Aquellas clases se habían convertido en el único momento de sosiego de su agitada vida llena de compromisos y tareas por hacer. Le encantaba mirarlos en el agua, ver

sus caras empapadas y sonrientes. Allí no pasaba el tiempo. Le fascinaba el sonido de los cuerpos chocando con el agua, salpicando, las risas de los niños, los colores de los aros plásticos en contraste con el blanco de los azulejos, los tonos de piel, los movimientos rítmicos, los tipos de tórax, los brazos, las piernas, los músculos. Todos los detalles se convertían en una sinfonía de paz para sus ojos y su espíritu. Todo fluía en aquel lugar. «Es que tú los tienes muy mal criados, Paula querida. Vives como una reina y no te falta nada, mi Paula. Pero esfuézate un poco más por complacerme y por favor, sonríe. Para un hombre como yo, es muy desalentador llegar a la casa y encontrarte con esa cara, extraño esa ejecutiva elegante que eras, tu brillo y tu chispa se fueron, Paula. Estoy cansado de verte así».

«Las cosas han cambiado un poco, mamá. Estoy bien, sólo un poco cansada».

«Esta noche no Humberto, estoy rendida».

«Tal vez otro día papá, hoy tengo que llevar a los niños a natación».

Mientras rinde el informe copioso de las siete de la noche, los niños duermen. «Prefiero acostarlos muy temprano para que no molesten al papá».

«Es que llega muy cansado y el ruido de los niños lo altera un poco. Quieren que les lea cuentos o mostrarle los trabajos del colegio, y a esa hora el ya no quiere nada, Marce».

A Paula, con su casa llena de muebles, niños y esposo cumplidor, incluido sexo seguro una vez cada tanto, se le agotaron las fuerzas. Lloro por las noches a escondidas. «Esto no fue lo que imaginé». Entonces, le retumban las palabras de su madre: “Atenderlo y sacrificarte por él”. Se seca las lágrimas y como un mantra repite: «Esto fue lo que elegí y lo asumo. Dios lo sabe, lo juré ante un altar».

«No le doy la talla, Marce. Él es un hombre exitoso y yo, en fin, yo ya ni recuerdo quien soy».

Con estas palabras dichas por teléfono se le viene a la cabeza la imagen de la caja.

«¡Claro, hoy es el día! Voy a abrirla. ¡Estoy lista! Muchos meses esperándome; la caja y él».

En esa caja está ella. Paula, la de antes. La que soñaba con la que es hoy.

Con un bisturí corta la cinta y las dos tapas superiores dejan ver al fondo algo que no esperaba. De un sobre de manila amarillento salen cartas revueltas con recetas de cocina y algunas fotos.

—Qué raro, ¿por qué la dejé acá guardada? —dice en voz alta, apenas consciente de que no hay nadie más en la habitación.

Al respaldo de una foto en la que aparece Humberto, sonriente y trece años más joven, en letra pulida y pareja, Paula lee:

Té amo mi Paula hermosa, ¿quieres ser mi esposa? Prometo hacerte feliz y no abandonarte por nada del mundo, hasta que la muerte nos separe.

*Siempre tuyo,
Humberto De los Ríos.*

Esta frase llega como una epifanía que le devuelve la claridad y la esperanza.

—Marce, ¡encontré la respuesta! Estoy muy contenida.

—Estás loca amiga, ¿de qué hablas?

—No puedo seguir en esta casa, no aguanto un reclamo más, un reproche más. ¡Me voy con mis hijos! Dejo todo.

—¡Por Dios Paula! ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a dejar a Humberto? No puedes hacer eso.

—Estoy decidida, Marce. No aguanto más.

—Pero si es un gran hombre Paula, cualquier mujer se moriría por estar con él.

—Ese es el punto amiga, que ya estoy muerta y que no soy cualquier mujer. Estoy segura de que con Ricardo, el profesor de natación de los niños, la historia será diferente.

ALQUIMIA DEL CAMPANERO

Huver Camacho

La *Campanilla*. Compra-venta ubicada en la zona más antigua de la ciudad. De aspecto rústico, según se aprecia en la fachada. Sobre el vidrio de la vitrina y cerca de un candelabro plateado adornado con tres velas azules, reposa una Biblia ajada, descubierta y con una señal en rojo que da cuenta del versículo 3:19 del Génesis, *puesto que polvo eres, y a ser polvo tornarás*. Las luces descienden del techo como una cascada sobre los artículos que ordenadamente se exhiben en la tienda, asemejándose a una galería de arte. La estantería en madera finamente repujada, se encuentra abarrotada de campanas con texturas, colores y tamaños diversos.

Justo al fondo, se descubre un lienzo con una réplica de la catedral de *Nuestra Señora de París*, en un marco dorado de estilo gótico. Sutil, casi imperceptible, se escucha la sonata número siete para piano de Beethoven. El vendedor carga algunas cajas que va colocando una sobre otra y se promete que al día siguiente organizará el contenido. Luego repasa el versículo que le genera un gesto cáustico.

Cierra la Biblia de un golpe y la guarda en un cajón que tiene al costado de la registradora.

El reloj de pared anuncia las siete de la noche. Hora de cerrar. Justo cuando se apresta a realizarlo, ingresan unos parroquianos apresurados. Un señor de edad avanzada portando un bastón y una joven señorita, que le acompaña; atractiva, invidente y con un perro lazarillo. El vendedor los saluda amablemente, les da la bienvenida y se acerca:

—Joven, buenas noches, mi nieta está buscando una señal —dice el anciano.

—¿Una señal?—pregunta el vendedor.

—Sí, dispense, será mejor que ella se lo explique.

—Verá usted señor... ¿Cuál es su nombre? —Indaga la chica.

—¡Quasimodo! Quasimodo Fernández.

—Bien, señor Fernández... —Lo que busca la chica, es una campana de mesa que destinará como instrumento de alerta para su abuela, que se encuentra en cama y es corta de audición, así, cuando ella requiera algo en su recámara, simplemente la hará sonar y acudirán en su ayuda. —Ni tan pequeña, ni tan grande, por favor —dice.

—Sí, por supuesto —responde Quasimodo.

Entonces, abre una caja y muestra algunas campanas medianas de bronce dorado alineándolas sobre el mostrador. Explica que recién le han llegado importadas desde Francia. Las hacen vibrar una a una hasta que escogen la más conveniente. Quedan satisfechos, no sólo con la atención y paciencia del encantador Quasimodo, sino con la decisión. Hecha la compra, se marchan.

Quasimodo, ahora sí, procede a cerrar el local; baja las rejas, asegura las puertas, apaga la música y las luces. Activa la alarma. Da cuenta de una cena frugal y se marcha a su habitación ubicada en el segundo nivel del local.

A las cinco de la mañana, el reloj despertador clama. El vendedor apenas si logra notar la vibración del mismo, aspira profundamente, desactiva el aparato, levanta los brazos y bosteza. Luego desciende directo al sótano tambaleándose, enciende un gran candil que tiene dispuesto junto a un espejo amplio, ovalado y enmarcado en una forja de metal donde se refleja la luz, alumbrando parte de la tétrica habitación. Descubre una vez más la naturaleza de una imagen fatal delante suyo; su rostro horripilante y con tres verrugas incrustadas en la piel; los dientes en desorden, la nariz deforme, un ojo solitario, una joroba hinchida con pelos negruzcos ensortijados en su espalda. Esta imagen seguramente generaría espanto a quien se concediera observarla. Una nube de melancolía lo rodea. El hombre se arrastra como si fuese una lagartija para ver de cerca su fealdad y de paso torturarse. Detesta esta súbita transformación nocturna, entre sueños, que para él se convierten en una pesadilla real al despertar, mientras el sol se eleva y va iluminando su existencia, su alma se oscurece y gime de momento. En estas, aparece por la claraboya un búho de exuberante plumaje blanco, imponente, que de modo cauteloso se posa en un listón dispuesto para su reposo. Trae un ratón en una de sus garras y lo engulle de un solo bocado. Es Frollo, su mascota, que regresa a casa después de sus andanzas nocturnas. Quasimodo le pone el ojo bueno al ave y se alegra de verlo, el rapaz ulula correspondiéndole a su amo como es costumbre en las madrugadas.

Quasimodo, resignado, inicia su acostumbrado ritual matutino, para convertirse de nuevo en un atractivo ciudadano. Para ello, la alquimia del campanero es el poder extensivo de su naturaleza, otorgado a esta criatura tan desafortunada por herencia y maldición de su propio maestro en tiempos remotos. Por los siglos de los siglos.

Así comienza su ritual: postrado ante el altar, toma dos frasquitos que saca de un pequeño baúl negro, uno con un líquido rojizo y el otro con un polvo amarillento. Los abre y deposita unas cuantas gotas y unos pocos gramos en un crisol de plomo. Calienta al fuego el elixir hasta que surge un humo fogoso color magenta, y se destila una extraña sustancia. Recoge la pócima en una cuchara de plata y antes de ingerirla, profiere unas palabras inscritas alrededor de una campana de oro dispuesta: *Formosi Pecoris Custos Formosior Ipse*. Eleva la campana por encima de su cabeza y la hace repicar siete veces, luego traga el jarabe amargo. Pasan unos minutos y con una especie de implosión en su humanidad, que ilumina también el lugar, se desgonza. Su cuerpo desnudo se ha remodelado; el rostro, la piel y demás partes del torso ahora representan la belleza de Adonis. El búho observa el acto de transmutación con profunda indiferencia. El alma de Quasimodo se renueva para iniciar un día más. Se incorpora pasándose la palma de la mano por el rostro. Olvida estos acontecimientos rutinarios con natural facilidad.

El campanero se ocupa de sus labores matutinas como es habitual. Mientras sacude el polvo de uno de los anaqueles, se ve interrumpido por alguien que ingresa, se da vuelta y sus ojos advierten la llegada de una pequeña niña. Se trata de Leyla, su vecina. Ella levanta su mano y acompaña el saludo con una hermosa y tierna sonrisa, su cabellera rubia y brillante destella por un momento en el almacén. Luego se dirige con su reluciente uniforme a una de las repisas y comienza a hacer sonar las campanas que lleva una a una hasta sus labios. Cierra los ojos y trata de absorber la vibración del tintinear, repite el acto hasta agotar el agudo sonido. Quasimodo se le acerca, le toca el hombro e

indaga mediante señas cómo se encuentra. La pequeña es sordo-muda. Hace un gesto, mueve la cabeza y le envía una señal para indicarle que todo está bien.

A continuación, Leyla extrae del bolsillito de su falda a cuadros, unos billetes arrugados que le entrega a Quasimodo. Él se queda mirándola un poco extrañado. Luego en una libreta estampada, la niña escribe, evidenciando que quiere comprar una campanita que le gusta y para lo que viene ahorrando desde hace tiempo, parte de su mesada. El campanero le dice que le muestre la que desea. Ella obedece y se la trae. Él le pregunta si su secreto aún está a salvo y la chiquilla se lleva la mano al pecho y hace una señal indicando que sí. Leyla, en una alborada y siguiendo por curiosidad al búho que se introduce velozmente por la claraboya del sótano, ve, sin proponérselo y con horror, el acto de la transformación de Quasimodo. Aunque después su comprensión superaría los límites del miedo. Ella era la única que sabía qué le ocurría al campanero todas las mañanas. Así que hizo un guiño y lo tranquilizó. La madre de la pequeña entra apresurada, saludando alegremente a Quasimodo y pregunta por la nena. Tiene que llevarla al colegio. Él le indica donde está y trae, en una bolsita de terciopelo azul, la campanita de Leyla. No le cobra y obsequiándole un dulce de chocolate, se inclina y le da un abrazo. La pequeña le corresponde con un beso en la mejilla. Se despiden y el hombre les desea buen viaje a madre e hija.

Ya en la tarde, es sorprendido por la llegada de la mujer que el día anterior le hizo la compra, se acuerda de sus ojos verdes como esmeraldas, que pese al infortunio de su ceguera, arrebujo su ser. Era extraño que no usara lentes oscuros como la mayoría. Se apresura a su encuentro, la toma del brazo, la lleva a un asiento junto con su lazarillo que se echa a sus pies.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Mi nombre es María Clovez, señor Fernández, ¿se acuerda de mí? Ayer...

—Desde luego, señorita Clovez. Por favor llámame Quasimodo.

—Muy bien, llámeme María.

Conversan alegremente un buen rato, en realidad, María regresa con la excusa de comprar otra campana para instalársela a su lazarillo. Aunque su verdadera intención es encontrarse de nuevo con Quasimodo, pues le inspira simpatía, algo de atracción e interés que destella en su voz. Él, por su parte, no se puede dar el lujo de enamorarse, desde luego. María le propuso que conversaran un día cualquiera, sólo para pasar un rato. Quasimodo duda, pero al fin accede. Así se fueron conociendo; hablaron, compartieron, intercambiaron obsequios, pasearon, hasta que, inevitablemente, se enamoraron.

Pasados unos meses y en una noche de luna plena, ceden ante la pasión. Dejan que sus instintos les gobiernen, en el encuentro clandestino, hasta sucumbir en el epílogo del ardor que los cautiva. Quasimodo olvida tomar las habituales precauciones. Se sorprende en la madrugada convertido en el horripilante ser que tanto detesta. La luz del sol atraviesa las cortinas. Quasimodo siente un pánico terrible, la respiración se le atornilla en las fosas nasales.

— Ahora qué haré, necesito pensar, y rápido —murmura. Se lanza del camastro, el tosco movimiento despierta a María. Ella pasa suavemente la mano por las sabanas y no lo encuentra.

—¡Quasimodo, cielo! ¿¡Dónde estás!?

No dice nada. Aprovechando la ceguera de su compañera, abre la puerta y sale dando tumbos. Se cruza con el laza-

rillo que se asusta y comienza a gruñir y ladrar ferozmente al esperpento que ha perturbado su escueto perímetro. Él da un salto sobre el animal, eludiendo un mordisco lanzado al aire. Desde adentro, María sorprendida, increpa al perro para que se tranquilice, Quasimodo va al sótano con tanta prisa como puede imprimirle a sus pies, se recrimina por no haber previsto aquella situación. «¡Y ahora qué!», se pregunta. ¿María comprenderá su condición? De ser así, tendrá que buscar cómo explicárselo. ¿Lo aceptará? ¿Qué sentimientos le produciría a la pobre chica saber de su enigmático estado? Eran muchas las dudas que surgían en su mente. Hace el ritual, pero algo falla. La metamorfosis no se cumple. Escucha la voz de María, que sigue llamándolo con insistencia desde la habitación. Su temor crece, intenta realizar el ritual en su última fase sin obtener resultados. «¿Qué pasa?», se pregunta con desespero. Nota que el encuentro de amor y pasión, afectó la alquimia de su cuerpo. Lee en el manual de los arcanos que para lograr controlar su estado tiene que confesarse ante la mujer que ha trastornado el ciclo de su mutación y ser aceptado tal como es. Duda un momento. Quasimodo agacha la cabeza y se dirige a la entrada. Camina firme y se detiene frente a las escaleras. Resuelto, levanta los ojos y con una voz gutural, como de inframundo, le indica a María que se encuentra allí. Ella sale de la habitación un tanto angustiada y con cierta inseguridad, se detiene en el primer escalón.

—¿Qué pasa Quasimodo? —pregunta ella. Pero al dar el siguiente paso, no apoya bien su pie y tropieza, con tal infortunio que cae por las escaleras dando tumbos, golpeándose la cabeza contra la pared. Llega a los monstruosos pies de Quasimodo, donde herida y ensangrentada exclama su desgracia. El engendro la toma rápidamente entre sus brazos y profiriere un grito tan aterrador, que hasta la mis-

ma muerte se impresiona y se esfuma, llevándose el último aliento de la bella María Clovez.

REENCUENTRO

Angélica Santana

Pasé la noche sentada en un viejo taburete en la cocina. Por ratos dormité, y por horas enteras, mientras estuve despierta, pensé en el delicioso erotismo que Nick había despertado en mí la noche anterior. Aún sentía en mi cuello su respiración excitada, y en mi cintura sus manos ansiosas, que amparadas por la oscuridad del bar, acomodaban mis caderas a su conveniencia. En medio de esas deliciosas sensaciones, estaba presente una extraña ansiedad, por no recordar el mensaje que me enviara minutos después de liberarme de sus brazos, y que entre suspiros y deseos satisfechos, leí en la estación mientras esperaba el metro. Había perdido el celular, por ayudar a la extraña mujer que ahora dormía profunda en mi cama.

Bebía mi sexta taza de café, mientras el rústico reloj con forma de gallina, que colgaba de la pared, marcaba las primeras siete horas y dieciocho minutos de lo que sería un cálido día de verano de principios de julio de 2005, año de los funestos atentados en Londres.

A mis recuerdos los cobijaba su refrescante olor oriental,

sus murmullos ligeros y sus manos ágiles y fuertes desbordadas sobre mi piel. Pensamientos sensuales y difusos, de los que fui sustraída por aquella mujer. Alta, sensual, de pelo rubio y desordenado, que medio desnuda y con mirada pérdida, apareció en la puerta de la cocina.

—¿Dónde estoy? —preguntó, mirando para todas partes.

—En mi apartamento —contesté cortante.

—¿Cómo llegué aquí? —preguntó otra vez, bostezando.

—Te traje... con dificultad, pero lo hice. Tienes piernas largas —dije, mientras la miraba de arriba abajo. Era tan sensual que me pareció una leona en celo. —Pesas mucho.

—Eso mismo dijo mi último amante —respondió, sonriendo con descaro. Hizo una pausa y agregó: —Me llamo Vicky. Recuerdo que subí al metro con mis amigos, Thomas y Loise.

—¡Vaya amigos! —pensé en voz alta.

—¿Me abandonaron?

—No tengo idea.

—¡Idiotas!

Después de un breve silencio, empezó a llorar. Conmovida, me acerqué y la tomé de las manos.

—Soy Camila —le dije y procedí a contarle cómo había terminado en mi casa—. Sobre las doce de la noche abordé el metro. En el vagón solo estabas tú, y unos puestos más atrás, un tipo de aspecto sucio y descompuesto. Por la forma como recostabas tu cabeza contra la ventana parecías dormir. Sentí miedo y me senté a tu lado. Fingí distraerme con el celular pero después de unos minutos de mucha quietud, deduje que algo no estaba bien. Con temor, te empujé un poco, pero no reaccionaste. Debía bajarme en la siguiente parada, y fue en ese momento que sentí temor

por lo que pudiera sucederte si te dejaba sola. El metro paró en mi estación y no lo pensé más, ¡ayúdame!, te grité, estrujándote colérica, y sacando fuerzas de donde no tenía, te cargué y a tirones te puse fuera del vagón. El hombre bajó tras nosotras con intención de aproximarse, pero el ruido de un metro que venía en dirección opuesta lo hizo cambiar de rumbo y seguir su camino hacia la oscuridad. Tomamos un taxi y aquí estamos.

—No sé cómo esos imbéciles pudieron dejarme.

—Estabas sola y no traías bolso ni celular.

— ¡Maldición!, con seguridad los dejé olvidados en algún bar.

—No eres la única que perdió su celular. Supongo que dejé el mío en el vagón del metro mientras te ayudaba.

—Lo siento, perder el celular es un fiasco. Jamás recuperas todos los contactos.

—Los contactos no me importan, solamente los datos de la cita que debía cumplirle hoy a Nick —confesé.

— ¿Tu novio?

Ese era un tema que no quería discutir con una desconocida, pero sería una oportunidad de desahogar mi frustración y espantar mis fantasmas.

—No... alguien especial a quien conocí anoche.

— ¿Te gusta mucho entonces?

—Es mucho más que eso. Es magnetismo, es seducción, es miedo. Como algo que quieres rechazar pero no puedes. Un enigma que trastorna.

— ¿Pero qué tiene ese tío que te dejó encoñada? Por tus ojeras, se nota que no has dormido.

—No sabría explicarte...

— ¡Pruébame!

—Lo conocí anoche, pero duerme conmigo hace seis meses.

—¡Estas locaaaaa tía! ¡Contigo corro más riesgo que con el tipo del metro! Mejor dame otro café —me alcanzó la taza en la que ella misma se había servido minutos antes.

—No te cuento esto para que te rías —dije. No sé por qué, pero empezaba a tomarle confianza.

—¡Joder! ¿Cuéntame cómo es esa mierda de comerse un fantasma?

—Yo no dije eso. Anoche lo vi, lo sentí. Es de carne y hueso. Muy real. ¿Ves?, te dije que no lo entenderías.

—No importa, quiero saber más.

Como a las diez de la noche, mientras tomaba un cóctel con una amiga en un bar, tuve la sensación de que alguien me observaba. Al cabo de unos minutos la sensación se hizo más intensa. No podía concentrarme. Levanté la vista y me encontré con unos profundos ojos negros. Sentí un vacío en el estómago. Era la personificación misma de lo que viera en mis sueños. Sentado en la esquina opuesta de la barra y mientras jugueteaba con un vaso, me intimidaba con su mirada, ignorando de manera descarada a la mujer que lo acompañaba.

Luego de un rato, venciendo parte del pánico que me helaba, me levanté con la excusa de ir al baño. Sabía que vendría tras de mí, así que lo esperé en un pequeño hall que conduce a la zona de fumadores. Después de unos segundos, unos brazos fuertes, velludos y morenos abrazaron mi cintura. Una tibia escarcha recorrió mis entrañas. Me besó con suavidad, apenas rozando mis labios, luego, acuñándome contra la pared, nos fundimos en un juego de besos y caricias ansiosas. Con habilidad se deshizo de los botones

de mi blusa. Deslizó su mano por entre mi falda y recorrió con sus dedos la diminuta línea de mi panty. Me humedecí en segundos, mientras sus dedos navegaban como juguetones delfines en mis profundidades. Con la complicidad del ruido y del alcohol, del olor a cigarrillo y drogas, cerré los ojos y me dejé llevar. «Ven a mi casa», le dije, cuando sentí que mis pies tocaban tierra nuevamente. «Tengo ansias de ti, agregué». Me miró a los ojos con intensidad, provocándome un delicioso escalofrío. «No Thais, no puedo».

Oírle llamarme Thais me alteró. Lo empujé con fuerza y quise salir corriendo, pero con agilidad me detuvo por el brazo. «Quiero tu número», me dijo, con un tono de voz más cercano a una orden que a una petición. Para liberarme de su mano se lo di y corrí a la mesa en busca de mi amiga, pero ella no estaba. Con afán tomé mi bolso y me lancé a la calle. Estaba aterrorizada.

El único que me llamaba Thais era mi padre y murió hace más de quince años, Vicky.

—Qué raro—, replicó Vicky, con el ceño fruncido —
¿Cómo conoció a tu padre?

—No lo sé. Yo también quisiera saberlo.

—¿Y es que tu segundo nombre es Thais?

—No. Mi padre fue un hombre muy culto, amante del arte en todas sus formas. Su ópera favorita fue la de un monje que se enamora perdidamente de una sacerdotisa, a quien sólo ha visto en sueños. El monje, creyendo esas visiones una señal divina, la busca y huye con ella. Con el tiempo, la disyuntiva entre amor y fe lo lleva a abandonarla en un convento. Sintiendo que su existencia está vacía sin

ella, reniega de sus votos y decide regresar. Llega al convento y la encuentra en su lecho de muerte. Le confiesa que todas sus enseñanzas son mentiras y que la ama. Thais muere en sus brazos.

—¿Y qué tiene que ver esa historia con que tu padre te llamara Thais?

—Cuando tenía como doce años, mi padre fue trasladado por su trabajo a Damasco y vivimos allí una temporada. Mi mejor amigo del colegio se llamaba Said, a quien mi padre llamaba “El Monje”. Su familia, de tradiciones musulmanas, le había infundido la vocación de ser un guía religioso o Imán, que es como un sacerdote para los cristianos; pero su vocación le llegaba hasta la puerta de mi casa, pues al verme, le decía a mi padre que al diablo, que lo que él quería era casarse conmigo. Desde entonces mi padre, al consentirme, me llamaba Thais.

Tuve que sentarme para no caer. Por mi mente empezaron a circular recuerdos de mi etapa en Damasco con Said. Su devoción y amor incondicional hacia mí, a pesar del tiempo, nunca me dejaron olvidarle. Me costaba creerlo, pero era él. El enigmático hombre que me había guiado por impensadas formas de placer la noche anterior, era él, era Said. Pero se había presentado como Nick. ¿Por qué? ¿Qué razón podría tener para no presentarse con su verdadero nombre?

—¿Qué te pasa nena? ¡Te pusiste pálida! —señaló Vicky.

—No es nada. Sólo el trasnocho —respondí, tratando de disimular el temor que me empapaba.

—¿Y volviste a ver a ese Said?

—No. Después de que partimos de Damasco, mantuvimos comunicación por algunos meses, pero las rigurosas costumbres de su familia nos impidieron seguir en contacto.

—Pues lo que hay que hacer es recuperar ese celular para asegurarnos de que lo veas y salir de dudas. ¿Recuerdas a qué hora es la cita?

—A las cuatro.

—Todavía estas a tiempo.

—A ver Vicky, seamos realistas. ¿Cómo voy a encontrar mi celular? ¿Qué probabilidades tengo de recuperarlo en el metro, donde deben circular no sé cuántos cientos de miles de personas al día? ¡Ninguna! A estas alturas, creo que sólo una cosa me salvaría.

— ¿Qué? ¡Suéltala!

—Un milagro. Sí, necesito uno, el problema es que no creo en los milagros.

—¿Por qué no tratas algo más sencillo?

—¿Cómo qué?

—Ve al centro de objetos perdidos del metro y preguntas por tu celular.

—¿Eso existe?

—¡Pero si te lo estoy diciendo! No sé dónde queda pero podría averiguarlo.

Transcurrida casi una hora de búsqueda por Internet y confirmación telefónica, la rubia me sorprendió con un grito.

—¡Lo tengo! La oficina queda en la estación de *Baker Street*. Sé dónde está. Si quieres podría acompañarte.

—Sí, está bien, ahorraría tiempo, es casi medio día y mi cita con Nick es a las cuatro.

Llegamos a la estación y nos acercamos a lo que parecía la oficina de información. Al otro lado de la ventanilla, una mujer morena, de cincuenta y tantos años, bien entrada en

carnes y con una viva expresión de cansancio y tristeza en el rostro, como gastada por el trabajo y las penas.

—Buenas tardes, mi nombre es Camila y estoy buscando mi celular. Lo dejé olvidado en el metro ayer, hacia las doce de la noche. En la ruta de la *District Line*. Quisiera saber si lo trajeron aquí.

La mujer se comunicó con alguien a través de un radio teléfono.

—Barry, tengo a dos chicas que preguntan por un celular perdido anoche en la *District Line* ¿sabes algo? Barry, ¿me copias?

La mujer insistió un par de veces sin obtener respuesta, en cambio, nos indicó la dirección que debíamos tomar por el subterráneo, hacia la bodega donde guardan los objetos perdidos.

Asumí que el hombre que nos abrió la puerta, alto, barbudo, de ojos azules y pelo largo, era Barry. Le expliqué lo que necesitábamos y en un marcado y casi incomprensible acento escocés, nos dijo que acababa de recibir turno, por lo que no tenía idea de lo que había llegado en la mañana. Nos invitó a seguir. Lo primero que captó mi atención fueron un par de *katanas* que me recordaron la espada de Suchito, en *El último Samurai*, una de mis películas favoritas. Al lado, tres murciélagos momificados, una jaula vacía y una torre *Eiffel* como de unos treinta centímetros. Unos pasos adelante, estantes atiborrados de carteras, abrigos, bufandas y guantes de invierno de todas las texturas y colores. Pilonos de libros de piso a techo. En los últimos estantes, cientos de juguetes, chucherías y una muñeca inflable que llamó mi atención por su voluptuosidad y el vestido de enfermera que llevaba puesto. A primera vista, parecía una de las que se usan como pareja de baile, sólo que ésta, por

su apariencia y por el orificio que se vislumbraba debajo de su diminuta falda, tenía claramente un uso diferente.

—Los objetos que ocupan mayor espacio, como remos, tablas de *surf* e instrumentos musicales, se encuentran al fondo, los celulares están por allí —dijo Barry, mientras nos señalaba una mesa en la que reposaban docenas de teléfonos, a donde me dirigí esperando el milagro, aunque no creyera en ellos...

—¡Oh por Dios, mi celular, esto sí que es un milagro! Aquí está. ¡Lo encontramos!

No pude evitar saltar de emoción y abrazar a Vicky, esa extraña mujer con la que había intentado espantar mis fantasmas un par de horas atrás y que poco a poco se convertía en una amiga.

El reloj marcaba las tres y diez minutos de la tarde. Tenía tiempo suficiente para tomar un bus y llegar a mi cita y de ese modo evitar la fétida ola de calor que por estos días de verano emana de los túneles del metro.

Según las indicaciones de Vicky, el café está ubicado frente a la entrada principal de la estación de *Kings Cross*. La flacuchenta tenía razón. Aquí estoy, esperando en uno de los cafés más emblemáticos de la ciudad, el *Café Premier*, decorado al mejor estilo inglés. Mesas vestidas de color blanco y verde oliva, servilletas de tela, sillas con brazos curvos y respaldo bajo, y en el techo, las infaltables lámparas de araña. Desde la mesa donde estoy, puedo observar a la gente que entra y sale del metro, todos corriendo, siempre apurados, siempre Londres. Said aparecerá en cualquier momento.

Me siento nerviosa, mis ansias de él se hacen cada vez más intensas, me empiezan a sudar las manos. Miro el reloj. 3:50 p.m. Estará acá en diez minutos. No dejo de pensar en cómo lo saludaré. ¿Me levantaré de la silla? No, eso no, las mujeres no nos levantamos de la silla para saludar. ¿Me dará un beso en la mejilla? ¿Me robará un beso en la boca? Ahhh... tengo muchas preguntas... ¿Por qué no me dijo desde el principio quién era? ¿Por qué he estado soñando con él? ¿No aguanto más!, quiero verlo...

Escucho un estruendo, un estallido. Saltan vidrios por todos lados y me tiro al suelo cubriéndome el rostro con las manos. Unos segundos después me levanto aturdida, no sé qué pasa, lo único que puedo ver a través de los ventanales rotos es una densa capa de humo que proviene de la entrada del metro. ¡Mierdaaaa! Said...

Cincuenta y seis personas fallecieron en el ataque perpetrado por Al Qaeda al metro de Londres. Entre ellas, tres terroristas identificados como Khalil Ragh, Asam Dulama y Said Lamk, mi Said. El hombre que hoy, ocho años después, espero reencontrar entre mis sueños.

COMIENZO

Ilse Peña

— **C**on la cabeza en alto salgo de aquí, les dejo eso. — Fernando y sus tres años la tomaron de la mano, la acompañaron a la puerta con los ojos encharcados y se abrazaron a sus piernas.

— ¿Pero por qué te vas?, si todavía no me enseñas como suena la *P* con la *O*, yo siempre digo *bo* y tú me dices que está mal — él no sabía que ella olvidó ser su hermana, la hija perfecta para sus papás.

«¿Cómo lo miro a los ojos otra vez?», pensaba. Sin poder responderse y producto de la desidia que sentía, elegía ir hacia cualquier lugar, no le importaba a dónde. Se marchaba. Al cerrar la puerta dijo para sí misma: «El tiempo, si no cura, pasa».

Anocheció y deambulaba por la calle.

Despertó mareada. De repente la confusión y la duda eran aplastantes.

— ¿Qué hago aquí? — la alivió recordar que había tomado un bus. Más tranquila, se acomodó en su silla y se quedó dormida. Soñó con una niña que le preguntaba «¿dónde te puedo encontrar?». Abrió los ojos sobresaltada

y con un fuerte dolor en la cintura. Vio la mancha en su pantalón. El pasajero del asiento de atrás se levantó y mirándola por encima de la silla le pregunto si estaba bien. Había roto fuente y vomitaba, quería pararse, él le extendió sus brazos para ayudarla, pero la debilidad que sentía le impidió ponerse en pie. Alcanzó a ver que la abanicaban mientras perdía el conocimiento.

Dentro del edificio, el aire caliente secaba la garganta, el ambiente se sentía cargado y desalentador. Tras la pausa de comerciales, quienes podían se entretenían con la nueva serie televisiva. Sonaba el pasillo “Los filipichines”, anunciando el inicio de “Don chinche”. A través de la entrada principal se veía el aguacero refrescando el pavimento y los carros parqueados. Algunos transeúntes escampaban bajo una palmera que poco los cubría. A la fachada de aspecto tropical llegaba gente que buscaba refugiarse, reían por la suerte de recibir un cielo que se mostraba milagroso. De veinticuatro días secos, del vigesimoquinto, por fin, manaba una corriente de agua viva. Los médicos y enfermeras del hospital querían terminar los turnos, las citas con sus pacientes, su estadía sin sosiego. El tintineo de las gotas golpeando contra el techo se convirtió en una tortura, el agua escaseaba adentro, tres garrafones con toda esa sed no eran suficientes. Salir era una idea fija que los acompañaba casi hasta las ocho de la noche, cuando el clima les brindaba una leve sensación de frescura. Pero la felicidad no era completa, persistía el bochorno.

—Se la recomiendo, está sola y no puedo quedarme, el bus ya va a arrancar —dijo el hombre a la enfermera y se despidió.

Ella notaba que la gente la observada con curiosidad pero poco le importaba. Sentía que moriría pronto o por lo menos eso quería. A lo que no podía negarse era a probar esa pizca de esperanza mientras le llegaba la hora de parir. Pensaba en la pequeña alma que llevaba dentro. La imaginaba corriendo tras sus pasos y eso la asustaba, no quería que dependiera de un fantasma, deseaba que con el paso del tiempo lograra liberarse de la imagen borrosa de su madre al no encontrarla. «Si muero hoy, vendrá ese sople de vida que desconozco, el único regalo que puedo darle». Faltaba poco.

—No gracias, estoy bien —contestó al médico de turno cuando le preguntó si necesitaba algo más y antes de que abandonara la habitación, agregó a su respuesta—. Estamos bien.

Salió muy temprano en la mañana. La lluvia, que ya no era un aguacero, cedía de nuevo al calor, lo pudo sentir a través de la ventana del bus. En la carretera y entre montañas que recorrió por última vez, dejaba como un asunto del pasado, su corta permanencia en La Villa de Guaduas. Pasaba la página, pero su escritura viviría. Tuvo en sus manos por una sola vez a su hija.

—Déjeme aquí por favor —dijo mientras el bus se detenía y bajaba de él. Cuando llegó a la puerta del salón donde se realizaría el evento, se detuvo para ver el cartel que presentaba a la debutante. Leyó murmurando, no quería que la escucharan repasando sus cuitas hechas ficciones, en minutos hablaría sobre ellas de viva voz.

Mi tiempo sobre la que imagino.

19 de octubre de 2011.

Si algo debo agradecerte, es que esté viva para no olvidarte.

Cuando vayas caminando no temas de mí, espero ese abrazo que son nuestros brazos idénticos. Estos dentro de ti, alguna vez.

No rías con precaución, la oportunidad de respirar no se frena por la distancia.

Si te acuerdas de aquel día con su noche, trasladame al presente, es efímero el pasado, el futuro nos encuentra.

Es irremediable el adiós, por eso si queda un pensamiento vago entre las dos, llénalo del color que más te gusta, pinta como yo con los dedos hechos de esta misma sangre.

Si llegan segundos de mí, te mando lo mejor que me dejaste, mi vida que imagina en este tiempo, una pequeña alma que creció para escribirte.

Eso es todo.

Comienzo.

Esperamos que haya disfrutado esta muestra de *Te amaría pero ya estoy muerta. Relatos de amores urbanos* de este colectivo de nuevos escritores colombianos. Lo invitamos a que la comparta y la difunda, logrando así que la lectura sea una forma de entretenimiento masivo. Igualmente, si quiere conocer la obra completa haga click aquí.



